

**DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Ezequiel, 2, 2-5): *Esto dice el Señor.*

**Salmo** (122, 1-2a, 2bcd, 3-4): *Nuestros ojos están en el Señor, esperando su misericordia»*

**2ª lectura** (2ª Corintios, 12, 7b-10): *Te basta mi gracia.*

**Evangelio** (Marcos 6, 1-6): *No desprecian a un profeta más que en su tierra.*

¿Habrá un pueblo que no sea rebelde y de cabeza dura? ¿Habrá alguna comunidad que no sienta más de una vez que sus hijos son testarudos y obstinados? Al menos para el profeta Ezequiel esto le quedó muy claro. Ni modo de hacerse ilusiones. Ni para qué pensar que el trabajo iba a ser fácil. Es a un pueblo así, con padres rebeldes, con personas de cabeza dura y con hijos tercos, a los que el profeta es enviado. Pero el Señor ama a ese pueblo, a pesar de todo lo que se pueda decir en su contra, y quiere hacerle participar de su vida. **«A ellos te envío para que les comuniqués mis palabras»**. Al profeta no le es posible volverse atrás, pues quien lo envía es el mismo Dios. Fue su Espíritu el que entró en el profeta. Fue él quien le hizo ponerse en pie y escuchar esa voz imposible de ignorar.

¿Dónde están los nuevos profetas? ¿Dónde los que se sienten llamados para hacer oír la voz del Señor? ¿Dónde los valientes que asumen la misión a pesar de saberse enviados a un pueblo rebelde y obstinado? ¿Dónde están los que no temen hablar aunque sepan que a veces son escuchados y a veces no?

Todas las personas que hemos sido bautizadas entramos por la filiación a la familia de Dios, nos revestimos de Cristo y recibimos su Espíritu. Cada uno de nosotros, en nuestro bautismo, fuimos ungidos y configurados con Cristo como sacerdote, profeta y rey. Somos pues, un verdadero ejercito de profetas e igual que Ezequiel, somos enviados a hablar al pueblo de Dios: La misión es irrevocable, pero el éxito no está asegurado. ¡Hay que ir y hay que hablar!

¿Por qué muchos callamos? ¿Nuestro silencio es fruto del olvido, de la dejadez, de la incompreensión o de una decisión? A lo que estamos llamados es a anunciar la Palabra del Señor. Palabra que es dirigida primero a nosotros y luego a nuestros interlocutores. Tal vez nuestras propias debilidades nos hayan encerrados en nosotros mismos. Es en nuestra propia debilidad donde se manifiesta el poder de Dios: **«¡Mi gracia te basta!»**. Pero, no hablamos solo de lo que ya vivimos, sino de lo que sabemos que todos debemos vivir.

Desde el inicio de su predicación, Jesús sabe que el Espíritu está sobre él. También él escuchó la voz de Dios que le enviaba a su pueblo con un mensaje de vida plena para todos. Después de su intensa actividad por las aldeas y alrededores del lago de Galilea, Jesús decide volver a su ciudad, a Nazaret. Vuelve a casa con los suyos, sus familiares Santiago, José, Simón, sus padres, sus vecinos. Y como hombre religioso que era Jesús acudió a la sinagoga el sábado y allí siguió predicando el Reino de Dios. No hacía nada nuevo Jesús en Nazaret, hablaba de lo mismo de lo que había hablado en las otras aldeas. La pregunta es por qué sus paisanos reaccionaron de esa forma tan negativa ante las palabras de Jesús.

El verbo “despreciar” es ciertamente fuerte. Es el que pronuncia Jesús cuando ve la reacción de sus propios vecinos. ¿Es simplemente la manifestación de un sentimiento de envidia hacia Jesús? No, no es solamente envidia (que también) sino una falta enorme de fe como así mismo lo afirma Jesús en el evangelio: se admiraba de su falta de fe. Los nazarenos no depositaron su fe en Jesús, no se fiaron que Él podía ser realmente quien decía que era y no dieron crédito a sus palabras, no las creyeron. En vez de escuchar y fiarse optaron por escandalizarse.

No es una historia nueva el rechazo que le tocó vivir a Jesús en la sinagoga de su pueblo. El rechazo a los profetas fue una constante en la historia del pueblo de Israel. Un elemento importante es que este rechazo de sus vecinos no desanimó a Jesús en su tarea, no le hizo abandonar. Y por eso curó a algunos enfermos y se marchó a otros pueblos de alrededor a seguir enseñando. Dios no se cansa ante las dificultades, sigue cada día actuando hasta que nos fiemos de Él, creamos en Él.

Pero queremos dejar bien claro que no queremos juzgar a los vecinos de Nazaret por su rechazo a Jesús. No, claro que no. Solo Dios juzga. Y ¿quién de nosotros está libre de alguna duda o falta de fe en Jesús? Más bien esta palabra de Dios nos tiene que iluminar, nos tiene que enseñar. Podemos aprender con este pasaje a pedirle a Dios que mantenga y fortalezca nuestra fe. Nos debemos fiar más de Dios. Que Dios también nos ayude a desterrar de nuestro corazón el sentimiento de la envidia y la dureza del corazón. Una y otra vez nos debemos repetir en nuestra oración que Dios solo quiere lo mejor para nosotros. ¿Por qué no nos vamos a fiar de Él?

Los siglos han pasado, las generaciones se han sucedido, la humanidad ha crecido de manera asombrosa en muchas cosas, pero hay cosas que no han cambiado tanto. Seguimos muy vivos los rebeldes, testarudos y obstinados... que a veces damos la espalda a Dios o nos sublevamos contra él. Pero, que no nos intimide nuestra debilidad. Dejemos que entre en nosotros el Espíritu, pongámonos de pie, miremos a nuestro alrededor, especialmente a los que conviven con nosotros y escuchemos la voz que nos dice: **«A ellos te envío»**.